

HOMILIA EN LA MISA DE CLAUSURA DEL IX ENCUENTRO NACIONAL DE JOVENES DE HERMANDADES Y COFRADIAS DE ESPAÑA – JOHC 2022.

Catedral de Ceuta, 16 de octubre de 2022.

Queridos hermanos, autoridades civiles y militares, hermanos de las Hermandades y Cofradías, jóvenes venidos a este encuentro nacional:

Con la celebración de esta solemne Misa concluimos este intenso encuentro de fraternidad, formación y animación de la vida cofrade entre los jóvenes. Sin embargo, la celebración de la Eucaristía es siempre el centro de nuestra actividad, lo que nos hace crecer como cristianos y dinamiza nuestra fe, lo que nos une más sólidamente. Cristo entre nosotros actúa y nos fortalece en la comunión de la Iglesia. A Jesús, el Señor, miramos ahora y abrimos el corazón dándole gracias por este gozoso encuentro. Así mismo, escuchamos su Palabra y dejamos que cale en nuestro corazón.

En el evangelio que hemos escuchado, desde el primer momento Jesús señala el centro de interés de sus palabras: la necesidad de orar. En esta ocasión es, pues, el propio San Lucas quien ofrece la interpretación que hace Jesús, cerrando así cualquier otra posibilidad de exégesis. La machacona insistencia de una viuda consigue que le haga justicia un juez muy vividor e injusto, nada que ver con la actuación de Dios. Para inculcarnos la necesidad de orar siempre, sin desfallecer, Jesús nos propone la parábola del juez inicuo que *«ni temía a Dios ni le importaban los hombres»*. El seguidor de Jesús debe saber y sentir que Dios toma partido por él en cuanto oprimido y perseguido por causa del Reino. Es un Dios cercano y entrañable para el que vive en esas condiciones; un Dios que jamás defrauda al que está en la brecha. Ser seguidor de Jesús significa, entre otras cosas, vivir desde la experiencia de un Dios así. La eficacia de la oración está garantizada por el lado de Dios, pues la súplica se encuentra con un Padre infinitamente amoroso que siempre escucha a sus hijos, atiende a sus necesidades y acude en su socorro. Pero del lado nuestro requiere una fe firme y sencilla, que suplica sin vacilar, convencida de que lo que pide ya está concedido.

Hemos de reconocer algo muy reconfortante: que Dios está a nuestro favor, nos escucha y quiere; además, el mundo y nuestra propia vida están siempre en sus manos. Pero la condición de la oración nos lleva más allá: se trata de entrar en una relación personal e íntima con Dios, quien, además, cuenta con nosotros, con nuestra intercesión, es decir, nos incorpora a su “equipo”. Sin embargo termina con una pregunta realista y preocupada: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”. Es evidente la relación entre la fe y la oración. No existe fe si no hay oración, ni oración sin fe. La oración es la respiración del alma y, al mismo tiempo, una palanca que mueve el mundo.

La oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que S. Pablo llama el gemido: el de la

creación «*que sufre dolores de parto*» (Rm 8, 22), el nuestro también en la espera «*del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza*» (Rm 8, 23-24), y, por último, los «*gemidos inefables*» del propio Espíritu Santo que «*viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene*» (Rm 8, 26) (cf. Catecismo IC 2629-2633).

Jóvenes cofrades: que la oración sea la medida de vuestra fe para seguir a Cristo y llevarle a los demás. Nunca es una evasión orar, al contrario, es aunar nuestra vida con el Señor que nos transforma haciéndonos discípulos fiables, testigos ante el mundo de la presencia de Dios, tan presente en nosotros como en las imágenes que con tanto fervor veneráis. ¿Cuáles son sus más importantes frutos? Lo comprobaréis en vuestra propia vida:

1. Mirar con los ojos de Cristo y ver a las personas más allá de sus necesidades externas, comprender a cada uno con el amor que necesita.

2. Orar te hace compartir la voluntad de Dios y vivir con coherencia. Si la devoción no es coherente con la vida, y no cumplimos los mandamientos, podemos escandalizar y no nos identificamos con Aquel que nos ama y nos enseña el “hágase tu voluntad”

3. Al dialogar con Dios podemos responder al mal con esperanza y fe. Creer es decir “sí” a Dios y a las criaturas, saber que podemos responder al mal con esperanza, comprender a Jesús que afronta y sufre el mal pero lo vence haciendo el bien. Sabes que el fundamento del mundo es el amor, para que aun cuando ningún ser humano pueda o quiera ayudarnos, vosotros sigáis confiando en Aquel que os ama

4. Si dejamos que Cristo entre plenamente en nuestra vida, si nos abrimos totalmente a Él, no tememos que nos quite algo ¿No tenemos tal vez miedo de renunciar a algo significativo? Muchos temen que Dios les robe la vida, pero Él nos da gozo y plenitud. Si dejamos entrar a Cristo en nuestra vida, no perdemos nada, nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. Sólo en esta amistad se revela verdaderamente el gran potencial de la existencia humana. Sólo en esta amistad experimentamos belleza y liberación.

5. En el trato con Jesús aprendemos a dar y a darnos sin retener nada. Dejemos que entre y nos haga libres para dar, para entregar la vida por completo.

6. Jesús en la oración responde a nuestra necesidad de belleza. La belleza no es un adorno sino algo esencial en la fe, que vosotros encontráis especialmente en las sagradas imágenes, en el arte cristiano, pero también en la liturgia. Cuando el amor de Jesús entra en nosotros nos infunde su vida que refleja la santidad de Dios, un camino para la belleza del mundo, afeado por el mal y el pecado.

7. Quien entra en la escuela de la oración descubre a María, la oyente de la Palabra, la orante que guardaba todo en su corazón, y con ella pone en su vida el elemento

femenino que está en el corazón de la religión cristiana, en la misericordia, ternura y compasión.

Unidos al Señor, queridos jóvenes, podréis ser en el mundo –como se dice en la antigua Carta a Diogneto describiendo a los cristianos— “lo que es el alma al cuerpo”. Hoy, como siempre, vivimos en ciudades con sus costumbres y lenguas, pero somos forasteros, pues somos ciudadanos con su patria en el cielo; y con una sabiduría distinta a la del mundo, lo que nos lleva a una conducta admirable; careciendo de todo pero abundando en todo.

El poder de la oración lo tenemos en la primera lectura (Ex 17, 8-13) ilustrado con el ejemplo de Moisés: «*Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel*». La oración es el arma más poderosa que nos ha sido dada. «*La oración es lo único que vence a Dios*» (Tertuliano). Ella es capaz de transformar los corazones y cambiar el curso de la historia. Una oración hecha con fe es invencible; ninguna dificultad se le resiste. Pero, recordad siempre, hoy son los brazos de Cristo en la Cruz los que nos salvan dándonos su vida e intercediendo por el mundo. Pensadlo cada vez que contempléis vuestras imágenes, cuando oréis ante el crucificado que os abre su corazón y os incorpora a su oración. jóvenes cofrades: Cristo os llama, os llena de gozo y os envía al mundo, especialmente a los jóvenes. Digámosle: Amén, “hágase”, es decir, cúmplase lo que nos pide: “Así sea”.